

**TIERRAS VIRGENES DE IVAN TURGUENIEV (1877)
Y EL GRANDE ORIENTE DE GALDOS: ESTUDIO COMPARATIVO**

Alexandre Zviguilsky
(Paris-Sorbonne)

Las relaciones entre Galdós y el novelista ruso Ivan Turguéniev (1818-1883) son poco conocidas. Se sabe que los dos hombres no se vieron nunca, pero se escribieron: por lo menos Galdós recibió dos cartas del ruso que conservó durante su vida como reliquias. Desgraciadamente se perdieron los dos originales durante la guerra civil española, como se perdió también la copia que hizo de ellas don Ramón Carande en 1910. En una entrevista que tuvo con un periodista ruso llamado Pavlovsky en 1884, un año después de la muerte de Turguéniev, don Benito dijo que le consideraba como su gran maestro y conocía todas sus obras. En la biblioteca de la Casa-Museo encontramos tan sólo dos traducciones francesas de las *Memorias de un cazador* (1880) y *Padres e hijos*, con un prefacio de Prosper Mérimée (1884).

Nos sorprende la ausencia de la sexta y última novela de Turguéniev, *Tierras vírgenes*, que tuvo una resonancia internacional a partir del año de su publicación en Rusia en enero y febrero de 1877. Sin duda alguna desapareció este libro de la biblioteca galdosiana como otros tantos.

Turguéniev terminó su novela en su finca de Spasskoie en julio de 1876. Galdós terminó su *Grande Oriente* en Madrid en junio del mismo año. La aparición casi simultánea de ambas novelas escritas en los dos extremos de Europa y llenas de elementos comunes plantea un enigma que confesamos no haber podido resolver hasta ahora. Quizá fue Turguéniev quien leyó en París la novela de Galdós antes de entregar su manuscrito a la imprenta en noviembre del 76. No podemos asegurarlo, porque no existe ningún indicio sobre su lectura de *El Grande Oriente*.

La obra galdosiana revela sin misterio alguno un episodio sacado de la historia de la masonería española durante el trienio constitucional. La novela

de Turguénev nos transporta casi medio siglo después a la Rusia de Alejandro II turbada por el movimiento populista. Unos jóvenes idealistas, llenos de fe por el pueblo ruso, escogen la acción inmediata para librarlo, para salvarlo, sin preparación alguna, aún sin saber lo que representa ese pueblo que no pide nada. La tierra virgen, la *tierra sin labrar* (traducción más exacta del título del libro) simboliza a esa juventud sin experiencia cuyas tentativas revolucionarias desembocan en el fracaso. Al símbolo primario de la piedra bruta que el aprendiz masón ha de pulir progresivamente se sustituye la imagen más literaria de la tierra sin labrar.

El título anuncia, pues, la orientación del libro, aunque su autor proceda con tiento y cautela, de un modo muy distinto del de Galdós, por motivos evidentes: la masonería está prohibida en Rusia desde 1822, pero las logias siguen actuando clandestinamente. A pesar del deseo de Turguénev de ocultar el simbolismo masónico y, por lo tanto, las raíces de su enseñanza filosófica, aparecen en el texto escasos indicios muy reveladores. En la primera plana del manuscrito Turguénev dibuja una estrella de cinco ramas por encima del título. El adjetivo «masónico» se pronuncia una sola vez a propósito de las señas que los populistas jóvenes deben hacer entre sí para reconocerse. Recordemos que en el capítulo VIII de *El Grande Oriente* se refieren los «pasos, tocamientos y signos» de una «tenida» o reunión masónica.

Pero, sobre todo, un personaje de *Tierras vírgenes*, el aristócrata Sipiaguin, es francmasón, aunque no se descubre. Este consejero privado, presidente de varios comités, tiene relaciones en el gobierno, se llama «liberal» y dice que respeta todas las opiniones. Es el tipo perfecto del justo medio. Por todos estos rasgos recuerda Sipiaguin a José Campos, Venerable Maestro del Gran Oriente de España, figura central de la novela de Galdós. Como Campos, Sipiaguin tiene en su casa a una sobrina huérfana de padre y madre, Mariana, que recibe el mismo tipo de educación. Goza, como Andrea, la protagonista de *El Grande Oriente*, de una libertad completa, favorecida por sus tíos, y ambos novelistas observan que la educación de Andrea, lo mismo que la de Mariana, es muy distinta de la de las muchachas de su tiempo. Le reserva Campos a su sobrina un novio aristócrata y de edad algo avanzada, el marqués Falfán de los Godos; le pasa algo parecido a Mariana con el gentilhombre de cámara Simeón Kalomeytsev, cuyo apellido procede de los barones austriacos Von Hallenmeyer, hombre conservador y aún «un poco feudal en sus opiniones», muy amigo del tío que desea casarle con su sobrina populista. Turguénev y Galdós parecen divertirse al describir los esfuerzos de los dos tíos para separar las sobrinas de los amantes que ellas escogieron. El Venerable Maestro le propone al amante de Andrea un verdadero trato para deshacerse de él: le facilitará la libertad a un prisionero político, si el otro abandona a su sobrina. Por su parte, el aristócrata ruso se olvida de sus máximas de tolerancia denunciando en presencia del Gobernador al joven populista con quien se huyó Mariana.

Los dos héroes llevan nombres predestinados: Salvador Monsalud ha de *salvar* al absolutista Gil de la Cuadra que le espera en la cárcel como el Mesías; en cuanto a Alexei Nejdánov, en ruso este apellido significa: «el que no espe-

ran», y efectivamente no le esperaba su padre, por ser hijo natural. Salvador es de origen modesto, se le tasa de «hijo de nadie» (cap. IX), y hay una desproporción inmensa entre sus condiciones sociales o de nacimiento y la superioridad ingénita de su inteligencia (cap. XV).

Gracias a su espíritu razonable y justo, Salvador percibe claramente la verdad y la mentira, y su honradez le impulsa a buscar aplicaciones a las teorías expuestas en las tenidas del Gran Oriente de España. El divorcio constante entre la teoría y la práctica le obliga a Salvador a dimitir de la Orden. Ahí las ideas generosas sobre tolerancia y fraternidad, sobre la unión de opiniones contrarias, se limitan a ser afirmadas verbalmente; pero cuando se trata concretamente de ponerlas en práctica, de abrir las cárceles y librar a los absolutistas, la propuesta del hermano Monsalud subleva una protesta general en el templo. La explicación es muy sencilla: no pueden gobernar juntos los liberales y los absolutistas. El masón no deja de ser un hombre y sus convicciones políticas son más importantes para él que las ideas expresadas en el templo masónico.

Salvador Monsalud constituye, pues, una excepción, una oveja descarriada que, para Galdós, interpreta fielmente el significado de la doctrina masónica.

El sentido de la medida, del equilibrio, de la armonía, simbolizado por el uso de los instrumentos del templo: la regla, el compás, la escuadra, el nivel, se adquiere gracias al ejercicio de las artes y de las letras. Galdós no dejó de señalar este punto importantísimo para el desarrollo intelectual y moral de su héroe. Monsalud tiene pasión por la música, trata de escribir versos, pero su actividad política le quita tiempo para dedicarse a la poesía. Su *alter ego*, Nejdánov, es también un poeta que oculta con vergüenza en un cajón un cuaderno de poemas, ocupación poco conforme con sus obligaciones de libertador del pueblo. La masonería, que es un hecho cultural, enseña a sus discípulos la importancia de las artes, resultado de la observación y del trabajo lento y armonioso.

En el pensamiento de Turguéniev, como en el de Galdós, la política ha de someterse a la cultura. El paralelismo de los dos razonamientos es patente en el capítulo XV de *El Grande Oriente* y en un capítulo de *Tierras vírgenes* que lleva el mismo número 15, lo que me hace admitir a duras penas el aspecto puramente tipológico del parecido en ambas novelas.

«Andrea era la música, la poesía, la pintura, la estatuaria, hasta la arquitectura y la danza; era también, si se quiere, el periodismo, la gran política, la vida toda, en fin. El arte tiene distintos caminos para satisfacer el alma: unas veces va por el camino de los lienzos y de las notas; otras, por los derrumbaderos de la pasión entre tormentos y goces infinitos».

«Mariana en este mismo momento se hizo para Nejdánov la encarnación de todo lo bueno, de todo lo generoso en esta tierra, la encarnación de la amistad femenina, fraternal, familiar que no había conocido nunca, la encarnación de la patria, de la felicidad, de la lucha y de la libertad».

La cristalización del ideal político y artístico en la mujer amada simboliza el culto rendido por el masón a la humanidad. La mujer, embellecida y engran-

decida, se transforma, gracias a su fantasía, en un genio, en un maravilloso conjunto de todas las artes que atrae y guía al navegante solitario, como el astro polar representado en el templo.

La figura simbólica, dibujada en la página de título de *Tierras vírgenes*, tiene su explicación en las palabras de Nejdánov en el capítulo XXVII: «Soy feliz, Mariana, porque empiezo esta nueva vida contigo. Serás mi estrella conductora, mi apoyo, mi fuerza». La «nueva vida» es la obra iniciada por el espíritu soñador e idealista, cuya terminación es tan lejana como la bóveda celeste.

El novelista español y el novelista ruso buscan las vías que, prescindiendo de la revolución y de cualquier acción violenta, podrían llevar la democracia, cuyo órgano de mando hubiera podido ser la francmasonería. En España, ésta probó su incapacidad durante los años de su apogeo en 1820-23. En Rusia, los intereses privados, egoístas de los masones les impiden actuar en favor de la colectividad.

Sólo quedan las buenas obras: Monsalud pone en libertad a un hombre del campo opuesto, y Solomin, el personaje positivo de *Tierras vírgenes*, con su trabajo paciente en la fábrica de hilados, sigue construyendo paso a paso el edificio de la fraternidad universal.